

tica el plan. Sin embargo, Damasco habría sido apartado de la política por López Rega —siempre se culpa a López Rega de todo—, sobre todo después de la muerte del general. Habría llegado ahora su momento.

Apoiado por la presidente María Estela Martínez, o apoyándose mutuamente —la «mujer fuerte» necesitaba un «hombre fuerte» a la salida de López Rega—, sería el propio Damasco el que personalmente habría nombrado los nuevos ministros para buscar la solución política. «Primero, la solución política —ha declarado Damasco—; después, la económica. Porque sin la primera no existe la segunda».

Una posibilidad de separar al ejército de la gobernación del país sería la solicitud de retiro anticipado que haría el coronel Damasco. Aún así, siempre parecería una cuestión puramente formal y no dejaría de aparecer como un miembro del ejército en un gobierno civil.

El nuevo gobierno se caracteri-

za por la salida de los últimos partidarios de López Rega —el ministro de Asuntos Exteriores, Vignes; el de Educación, Ivanishevich— y, en cambio, la aparición de algunos que fueron sus enemigos, como el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Robledo. Otra razón más para imaginar que el ejército está más cerca del poder de lo que se cree: Robledo, se asegura, está en relaciones muy directas con el ejército después de haber sido ministro de Defensa: López Rega le quitó aquel cargo a fines de 1974, precisamente por su intimidad con el ejército, que públicamente le rindió homenaje por su actuación como ministro de Defensa.

La otra fuerza del país, los sindicatos, han acogido el nuevo gobierno con reticencias. Esperan, sobre todo, su acción. El día 23 se celebrará el Congreso del Partido Justicialista: pueden salir decisiones importantes. Mientras, la presidente descansa en Mar del Plata... El poder está en manos del «hombre fuerte».

ESPAÑA, VERANO 75

¿Un Gobierno azul?

No estoy en ánimo para hablar de la manida «serpiente de verano». Las cosas se han puesto de tal forma, que la trivialización y el humor no resultan aconsejables. Voy simplemente a intentar reflexionar sobre lo que de momento considero un rumor político. Un rumor ciertamente ya muy extendido, generalizado, y que reviste cierta seriedad desde el instante en que serios editoriales lo toman como materia de meditación, y que incluso calificados periodistas lo esgrimen en sus entrevistas con ministros. Mi propósito es analizar políticamente este rumor que nos alerta sobre un próximo cese del presidente Arias, seguido de la formación de un equipo ministerial predominantemente «azul».

Deseo comenzar aludiendo al mismo concepto del «rumor político». Para mí, y prescindiendo de su naturaleza y posibles causas, es imperioso distinguir el «rumor reaccionario» del «rumor revolucionario». Este último surge impelido por el ritmo vertiginoso que la revolución infunde a la Historia. En esa situación hay como un desfase entre elaboración, el avance de los hechos y la elaboración técnica de su comunicación, de su conversión en materia social. En el «rumor revolucionario» hay también (y lo señala Trotsky en sus «Lecciones de octubre») la finalidad política de «confundir al adversario», fijando su atención en unos hechos que resultarán más tarde secundarios. El «rumor reaccionario» utiliza la confusión, modernamente se amplifica

por la acción de canales internacionales igualmente contrarrevolucionarios, y pretende, al unísono, desacreditar, sembrar el pánico (todo resulta ser caos y antesala del juicio final) y «situar» nombres, pensamientos y fórmulas contrarrevolucionarias.

En este verano comprobamos en nuestra geografía ibérica la confrontación de los dos tipos de rumores. En Portugal coexisten rumores revolucionarios y contrarrevolucionarios. Los rumores que circulan en España son predominantemente contrarrevolucionarios, y lo son por partida doméstica y extranjera. Los rumores referidos a España son reaccionarios, los que registramos provenientes de Lisboa son casi únicamente los contrarrevolucionarios.

Es obvio, todos estamos cansados de leerlo, que hay condiciones propicias al rumor, y que éstas son de diverso tipo. Muy clásica es la que se produce por falta de adecuada libertad de prensa, para ser más preciso, de carencia de canales democráticos en la vida social y política. Hay una causa específica que nos viene dada por las características del poder supremo de decisión. En un régimen carismático, de adhesión (calificación dada por Arias y otros dirigentes al nuestro), una mínima racionalización del proceso político resulta muy difícil alcanzar por el gobernado. Se podrá a remolque de los hechos históricos (es lo que intenta hacer La Cierva) elaborar esa explicación; pero antes de la cristalización definitiva de los hechos es muy difícil. Añadamos a ▶

Los
CoNteM
poRa
nEoS

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

Ruedan los bulos. Llegan a la costa —a Benidorm, a Marbella, sede de tertulias políticas—, rebotan, pasan por Madrid, siguen a San Sebastián, engordan en Galicia, vuelven a rodar. Cumplen una función: mantienen viva la política, ahora que la prensa comienza a dejarla morir. La prensa tiene

mala prensa. Los grandes de este mundo la miran cada vez con más desconfianza y, cuando pueden, la dan su zarpazo. Es su manera de combatir la realidad. Cuando la política se convierte en un espectáculo de ilusionismo, el ilusionista siempre detesta a quien cuenta el truco. El ilusionista, en su escenario, sólo espera el "¡Ahhh...!" de admiración y el aplauso; cuando pide que un espectador surja de la sala y vaya al escenario, siempre tiene un espectador preparado. A sueldo. La prensa ha ido dejando de ser un espectador a sueldo y pregunta quién ha metido las palomas en el sombrero de copa; se entera y lo cuenta. El ilusionista la pega un sopapo.

Se está creando una distancia entre prensa y política. Una distancia peligrosa. En este circo, el periodista es "el que recibe las bofetadas". El tonito de circo. Que, no olvidemos, es el que siempre tiene razón, el que muestra una lógica propia frente al lugar común y la voz limpia del payaso de lentejuelas, del payaso blanco.

Hubo un tiempo en que un dictador de la prensa, Juan Aparicio, inventó un uniforme para los periodistas. Era, si mal no recuerdo, gris y galeonado, con una gorra de plato según la moda de uniformes que venía de Berlín, con el frente levantado. Que yo recuerde, nadie se lo puso nunca, a excepción de aquellos que

estaban obligados a asistir a actos oficiales en que se declaraba imprescindible. Ni siquiera cayó en desuso: no hubo uso. Aunque todavía está en vigor (nadie ha derogado su vigencia), y un servidor, si quisiera, podría así vestirse para impresionar. Entre aquel uniforme y el traje de rayas del presidiario

hay una larga distancia en el tiempo. La hay también con respecto a este ridículo traje de agosto "de soirée", que es el propio para recibir las bofetadas.

En este resquicio cada vez mayor entre política y prensa circula con fuerza el rumor, el bulo. Es el precio que hay que pagar cuando se detesta la información. El bulo es una exageración grotesca que responde a una exageración grotesca. Cuando el ilusionista mantiene, como el Cándido de Voltaire, que "todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles", el bulo responde que todo va por lo peor en el peor de los mundos posibles, y aun de los imposibles. Cumples, decimos, su función: contrarresta, equilibra. A veces hasta consigue provocar un mentis, que ya es una información.

"Cuando el monte se quema, algo suyo se quema". Cuando el periódico se sanciona, cuando al periodista se le castiga, algo de usted, algo mío se castiga. Algo se sanciona, también, en el sancionador, que está castigando un reflejo de sí mismo. La pretensión de los periodistas de uniforme no resultó ni siquiera cuando podía resultar. Y el ilusionismo en la política apenas dura lo que el vuelo de las palomas hacia los telares del escenario. Inmediatamente después, el sombrero de copa está irremediablemente vacío. ■

POZUELO